

LA PROTESTA

PRECIO: 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0 478 — B. Orden

Redacción y Administ. : PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

LOS CAMPESINOS Y LA REVOLUCION

Es evidente que existe un marcado antagonismo entre el campo y la ciudad. El campesino no comprende la psicología del obrero industrial y el obrero de las ciudades considera la sencillez de las poblaciones rurales como un signo de inferioridad. Y esa diferencia de cultura, que es también de gustos y de necesidades, crea una línea divisoria entre los dos flancos del proletariado, la que ni siquiera desaparece en períodos de honda convulsión y en momentos propicios para la lucha contra el enemigo común.

No, hablamos ya del pequeño propietario rural, dueño de una parcela de tierra y de unos miserables enseres e implementos de trabajo que apenas lo libran de la miseria, después de pagar impuestos y gabelas al Estado. La burguesía agraria es egoísta, no concibe el valor del esfuerzo de los no campesinos y conserva su tenaz aversión a todo lo que sea progreso industrial, máxime si le exige una contribución directa su sostenimiento y desarrollo. Y hasta cierto punto se explica ese divorciamiento del pequeño burgués agrario con el ciudadano, ya que no es posible olvidar lo que, en los países agrícolas, representa el hombre de la ciudad a los ojos del campesino: es el recaudador de impuestos, el gendarme del gobierno, el ave de presa lanzado sobre las cosechas para arrebatar una parte al que las arrancó a la entraña del duro terruño.

Los campesinos pobres, educados en ese ambiente de hostilidad al hombre de la ciudad — sea capitalista o proletario —, aferrados a la tierra y a las rancias tradiciones, a su vez aspirantes a independizarse del salario, no poseen el alcance necesario para concebir el fin social de una revolución expropiadora... La expropiación la entienden como una restitución, por parte de los terratenientes, latifundistas y señores feudales, de la tierra que usurpan y no cultivan con su brazo. Pero poseen el instinto egoísta del propietario y reivindican su parte de suelo para establecer sobre él su derecho de posesión.

Aquello de la propiedad es un robo, no reza para los campesinos. A lo sumo es una usurpación cuando la tierra que cultivan la detenta un señor que vive en la ciudad y jamás realizó labores rústicas ni removió un palmo de tierra para hacerla fructificar. Pero tampoco acepta el campesino el llamado derecho común — la socialización o la estatalización de los grandes latifundios — que convierte en asalariados del te-

rruño a todos los agricultores y tiende a industrializar el viejo y parecido sistema agrícola.

Contra la tendencia a crear en los campos grandes monopolios del Estado, colonias agrícolas o factorías dependientes de la administración pública, ven los campesinos un avance de la ciudad en sus dominios y la muerte del ruralismo. Y contra esa invasión se opone el instinto de propiedad — que es en el fondo un dere-

propiedad, sino para declararse ellos propietarios del pedazo de terruño que cultivaban o que la comuna les entregó después del reparto... Y, en esas condiciones, porque no podían comprender las necesidades de la ciudad — que era la que cargaba con el mayor peso en la iniciada liquidación del régimen zarista —, llegaron a creerse dueños absolutos de todo lo que la tierra producía.

Claro está que los bolcheviquis due-

tuye la página más sangrienta y dolorosa de la revolución rusa. En esa lucha, hija de la incomprensión y de la torpeza política de los bolcheviquis, puede decirse que está el fracaso del comunismo. Porque es un hecho innegable que la llamada dictadura del proletariado, ejercida por Moscú sobre los enemigos políticos del partido gobernante, llegó a constituir para el campesino una odiosa declaración de guerra y un despotismo aún peor que el zarista. Recordemos que los dictadores bolcheviquis ensayaron diferentes sistemas económicos y pusieron en práctica diversas medidas violentas para someter al campesino y destruir el espíritu egoísta que ellos mismos habían desarrollado. Primero organizaron los raids a Ucrania, las requisas mediante el concurso del ejército rojo, alegando las necesidades del proletariado de la ciudad y de las poblaciones azotadas por el hambre. Más tarde, ante el evidente fracaso de esa política de violencias — ya que los campesinos dejaban las tierras incultas para no ofrecer presa a los que calificaban de saqueadores —, Moscú definió su política agraria sancionando un impuesto en especies, pero que debieron cobrarse los recaudadores recurriendo al concurso de la fuerza armada. Y, finalmente, fracasados en sus ensayos de comunismo militar y de economía soviética, los bolcheviquis cedieron la partida y autorizaron el comercio como medio de transacciones entre el campo y la ciudad.

El triunfo correspondió a la pequeña burguesía agraria, ahora dueña de la tierra y de los productos que cultiva. Y como consecuencia de ese fracaso inicial del comunismo bolcheviqui, Rusia tomó el camino del capitalismo, conservando únicamente la estructura jurídica y política del Estado obrero y la máscara de la dictadura proletaria.

Bajo el dominio de los señores feudales, el campesino pobre solía afirmar que "la tierra era de Dios" — y el amo, el noble o el pope, representaban ese derecho divino —; pero ahora dice: "sólo la mala yerba crece en la tierra de Dios; pero el suelo que yo cultivo me pertenece a mí y no a Dios". Se ha modificado en la mentalidad del campesino, el concepto de propiedad, pero no en un sentido favorable a las concepciones comunistas e igualitarias.

La situación del campesino en la Rusia de los soviets, es de franca hostilidad a la ciudad, que considera la representación del expolio y del bandidaje. Según comentaba un corresponsal inglés, ese instinto de propiedad privada — instinto pequeño-burgués, según la terminología bolcheviqui — no puede ser desarraigado en Rusia. He aquí, según el mismo comentarista, algunas de las causas que determinaron la lucha del campo contra la ciudad:

EL HUESPED—



—Su alteza, con sangre italiana en las venas y en las manos...

cho de disfrute de la labor y del esfuerzo propios —, prefiriendo el campesino seguir apegado al terruño y cultivar sus campos con viejas herramientas a aceptar las máquinas modernas que aumentan la producción y ahorran energías musculares.

La revolución rusa nos ofreció un clouente ejemplo de esa lucha, cada vez más tenaz, entre el campo y la ciudad. La gleba aceptó la acción expropiadora de los revolucionarios. Vió en los sucesos de 1917 el momento propicio para proclamar y ejecutar la restitución de las tierras usurpadas por el señor feudal. Los campesinos tomaron posesión de las tierras, no para abolir el derecho de

ños del poder, obraron como gobernantes de la ciudad. No comprendieron el significado de la expropiación campesina ni interpretaron el problema agrario. Primero desarrollaron en la gleba el instinto de propiedad, fomentando la revolución sobre el odio natural de los parias a los señores, y luego debieron dejar caer su mano de hierro sobre los nuevos propietarios — sobre la pequeña burguesía agraria formada por los campesinos pobres —, para que éstos cedieran una parte de sus cosechas para el sostenimiento de la ciudad.

La lucha de los campesinos y del proletariado de las ciudades consti-

"Para el campesino ruso, el comunismo es algo absolutamente absurdo e incomprensible. Por eso es que mientras los bolcheviques trataban de introducir en las aldeas un "comunismo de consumidor", y querían recoger cereales por la fuerza, los campesinos, nada deseados de trabajar para los "holgazanes de las ciudades", sembraban poco trigo y araban mal sus campos. Después de la introducción del impuesto directo empezaron a cultivar más tierra. Ahora, si alguna porción de la tierra sigue inculta, es debido al desgaste de los implementos agrícolas y a la escasez del ganado.

"El período del comunismo militar y las pérdidas infligidas por varios raids comunistas punitivos y recaudadores de víveres dejaron sus huellas, y los campesinos se han formado de los comunistas la idea de

holgazanes y saqueadores, que ni quieren trabajar ni permitir a los que trabajan llevar una vida holgada."

Nosotros nos limitamos por hoy a constatar la existencia de esa lucha entre el campo y la ciudad, que adquirió proyecciones inusitadas en Rusia durante el período revolucionario en que los bolcheviques consolidaron su poder a costa de la revolución. Pero no creemos, por supuesto, que la lucha entre los campesinos y los obreros industriales será eterna y difícil de llegar a una solución en el terreno de los hechos. Indudablemente los anarquistas tenemos por delante una labor árdua para propender a la reconciliación de los esclavos del terruño y de los parias de la fábrica, de la mina, del presidio industrial, identificados en el mismo dolor y en las mismas aspiraciones liberadoras.

varle sentimientos de un egoísmo ciego, que mejor lo ponga a su merced.

Bajo múltiples aspectos la instrucción y la cultura al servicio de un privilegio, sea del poder o de la riqueza, cumplen, pues, una función antieducativa. Es esta una de las razones por las que nosotros somos enemigos de la escuela de Clase y de la escuela de Estado.

Pero también, entendidas en un sentido completamente neutro, casi como fin de sí mismas, la instrucción y la cultura — aún siendo utilísimas y preciosísimas — no son suficientes para educar; y tanto menos lo son para la educación revolucionaria que está en nuestros propósitos. Si el viejo dicho "ciencia y libertad" correspondiese a la verdad, no debería haber un pueblo más libre y más revolucionario que el tedesco, el pueblo culto por antonomasia; y, al contrario, es precisamente aquel el pueblo en que el espíritu de libertad está menos desarrollado. En sentido inverso Rusia, que tiene la población más analfabeta e ignorante de Europa, debería ser la menos revolucionaria, y en vez es precisamente la que por la primera ha hecho, o por lo menos tentó una revolución social.

La misma cultura e instrucción revolucionarias, pero exclusivamente teóricas, de carácter científico o filosófico o puramente informativo, aunque sean completísimas desde el punto de vista doctrinal e histórico como conocimiento de los programas, de las razones y de los hechos del movimiento revolucionario, — si no van acompañadas de la voluntad y de los sentimientos de la revolución, — aún siendo una innegable ventaja, por sí solas no bastan y con ellas solas no se tendrá jamás en el mundo una revolución.

Hay una infinidad de gente que conoce muy bien las doctrinas socialistas y anarquistas y todo el movimiento revolucionario; pero toda esta ciencia no logra hacerla revolucionaria. Si el conocimiento de las ideas bastase, no se explicaría por qué los anarquistas, pese a todas sus buenas razones, son tan pocos y los mismos socialistas son siempre una minoría, cuando desde hace medio siglo que es fantástico el esfuerzo hecho para la divulgación de las ideas con la palabra, la prensa y mil otros medios, y es imposible una absoluta ignorancia de todos sobre tales ideas.

Tampoco basta el reconocimiento objetivo de la bondad de estas ideas y la persuasión de que son justas y actuables. Se puede estar persuadidos de que sería bueno hacer una cosa, y sin embargo no hacerla; se puede reconocer que una idea es la mejor, y sin embargo preferir otra. Ante todo, esto puede suceder por interés, personal o de casta: yo he conocido reaccionarios, entre los cuales recuerdo a un juez de tribunal, que conocían las ideas anarquistas y socialistas mucho mejor que muchos socialistas y anarquistas, y convenían que son ideas justas y realizables. Pero precisamente por eso les tenían más miedo y las combatían más encarnizadamente, porque... no les convenían a ellos!

En fin, hay muchos obreros, muchas víctimas del régimen actual, que saben lo que quieren los anarquistas y los socialistas y les dan razón íntimamente, y a veces liechas, serían también ellos anarquistas o socialistas. Comprenden que sería posible y en su interés la revolución. Y sin embargo no son revolucionarios, porque prefieren una miseria relativamente tranquila y sin riesgos a los peligros de la lucha revolucionaria y a los conflictos y torbellinos de la revolución: prefieren la triste e incierta quietud de la servidumbre a las tempestades inevitables de la libertad.

¿Por qué así, pues? porque a todos ellos les falta la voluntad de actuar lo que teóricamente reconocen justo; y a su vez esta voluntad falta porque falta en aquellos o es demasiado escaso el sentimiento de justicia y de libertad. La tarea principal de la educación revolucionaria es, entonces, despertar y desarrollar en el mayor número posible este sentimiento, hasta sublimarlo en pasión, en apostolado de amor, en espíritu de sacrificio.

No se crea que yo quiera desvalorizar con esto la función importante de la cultura y de la instrucción. El conocimiento de las ideas, la persuasión de que estas ideas son justas y de posible actuación, tiene también una misión no indiferente:

la de predisponer el ambiente a los cambios iniciados por las minorías, disminuir las resistencias, quitar los obstáculos que derivan de la pura ignorancia y de la ceguera.

Indudablemente el hombre de fe y de entusiasmo que sabe bien a dónde va y por cuál camino anda, que al sentimiento une el equilibrio de la razón, a la visión del futuro el conocimiento del mundo en que vive hoy y de los hombres y de las cosas, es el revolucionario ideal. Por eso es necesario que la propaganda no descuide la cultura, para dar a los que han intuido la verdad a través del sentimiento de rebeldía, la paciencia por las miserias humanas y la indignación por la justicia violada, un conocimiento más claro y exacto, más científico de la verdad entrevista. A la palpitación del corazón debe socorrer y unirse lo más posible el trabajo del cerebro.

Pero si el cerebro es el guía de la acción, la energía y el impulso en el obrar no vienen sino del corazón. Por eso nosotros hemos visto en nuestros movimientos, a través de una experiencia de algunas decenas de años, que los más seguros y fieles militantes de la idea eran los más buenos como hombres, aun si por caso eran poco cultos. En cambio ciertos pozos de ciencia, brillantes por cultura pero áridos de corazón, que adherían a nuestras ideas sólo cerebralmente y no por amor a los hombres, abandonaron y olvidaron, todos, la idea suya y nuestra — cuando no la traicionaron cobardemente — y desaparecieron muy pronto de nuestras filas.

Ahora bien, los sentimientos no se "aprenden" como se aprendería una lección. Se adquieren, quien más y quien menos según ciertas naturales disposiciones, por comunicación de otros que ya están dotados de ellos y los difunden a su alrededor con esa sugestión potente que ejerce sobre los otros, por mil medios, todo sentimiento fuertemente sentido. Es la razón por la cual la propaganda individual del amigo al amigo, entre compañeros de trabajo, de estudio, de juegos o de vecindario, es la que da los prosélitos más seguros, bien que poco numerosos, — es decir, que más alcanza el propio fin educativo.

El mismo fin alcanzan también ciertos escritores y oradores privilegiados, más raros de lo que se cree, — nombro, como ejemplo, en el campo anarquista a Reclus, Kropotkin, Gori y Malatesta, — que consiguen persuadir y conmovir a la vez; y ejercen tanta influencia, no explotando demagógicamente los instintos menos nobles sino elevando el ánimo del que lo sigue a una atmósfera de pureza ideal y suscitando todas las más energías pasionales de la solidaridad humana y de la rebeldía por la libertad y la justicia.

Pero no hay que hacerse ilusiones. En la sociedad actual este fin educativo puede ser alcanzado muy imperfectamente y en un pequeño número de individuos. No se debe dejar de obtener lo que es posible, inmediatamente. Pero si se pretendiese esperar para hacer la revolución, y por ello se quisiese retardarla artificialmente, hasta que todos o la mayoría estén educados revolucionariamente y para saber vivir en una sociedad de libres y de iguales, entonces la revolución no se haría nunca.

El ambiente social, las necesidades de la vida que él crea, la influencia de las instituciones, el mal ejemplo de las clases dirigentes, la educación errónea o anti-educación que se da en las familias y en las escuelas, la corrupción profunda difundida en todas las capas de la población por una civilización que se basa en el lucro, en la violencia y en el fraude, todo esto deforma las mentes y los corazones tanto de las víctimas como de los verdugos... Los que se salvan de este infierno moral son, ciertamente, mucho más numerosos hoy que ayer, pero siempre demasiado pocos en comparación con el gran número de oprimidos que se resignan con la única esperanza de poder antes o después entrar en el rango de los opresores.

Los rebeldes que en la sociedad en que viven y en relación a su "normalidad", son realmente "anormales" y consiguen por circunstancias diversas de temperamento, de situación y de educación, substraerse a la influencia del ambiente, no pueden ser sino excepciones. Y también ellos se substraen a la inmundicia ambiente sólo en medida relativa, quien más y quien menos, pero jamás de modo absoluto y completo. He aquí por qué no pocos

Educación y Revolución

Las crisis espasmódicas de la post-guerra, y más especialmente los acontecimientos que se han sucedido en los países en revolución (o bien en los países como Italia en donde el movimiento revolucionario, aún estando derrotado, ha provocado fuertes movimientos de masas en diverso sentido), han sacado a luz y puesto en el tapete problemas que antes de la guerra parecían del todo secundarios y tenían en realidad menos importancia que hoy.

Uno de estos problemas es el de la preparación moral de la revolución. El hecho, por ejemplo, de que en Rusia, en Alemania, en Italia haya colectividades notables, ya fuertemente impregnadas de espíritu revolucionario, saturadas por una amplia e intensa propaganda, que se han hecho voluntariamente o se han plegado muy fácilmente a ser sostenes e instrumentos de tiranías nuevas o viejas, o que no conciben su liberación sino como una inversión de situaciones, es decir, como la substitución de una tiranía a otra, nos deja verdaderamente perplejos.

Muchas veces se me ha preguntado, aquí en Italia: "La revolución en el 1919-20 era materialmente posible, y probablemente habría triunfado provocando una situación revolucionaria en toda la Europa central y occidental; pero si, como también era probable, una revolución italiana hubiese quedado aislada, ¿hubieran resistido las masas los tremendos sacrificios y las privaciones sin número a que habrían debido someterse? su falta de preparación moral, relevada en 1920 y a continuación, no habría ocasionado una derrota sangrienta como en Hungría o una victoria igualmente sangrienta y tan poco satisfactoria como en Rusia?"

No discutimos aquí la exactitud o no de las constataciones de hecho. Sobre eso se podría responder con un examen de los acontecimientos que nos conduciría a conclusiones menos pesimistas. Y por otra parte se nos podría también preguntar si, por mal que hubiesen ido las cosas, no hubiesen podido ir siempre mejor de como hoy vamos... Pero el problema moral queda.

Esta preocupación de dar a la revolución un fundamento y una orientación moral es legítima. Y se han dicho sobre esto cosas muy justas por hombres de las ideas más diversas. Indudablemente la revolución social, para ser realmente tal y no limitarse a una vana substitución de poderes, ha de ser también una revolución moral. De lo contrario se resolvería en un enorme sacrificio, rico en toda los dolores que una revolución trae consigo, pero pobre en los frutos que se deberían legítimamente esperar.

La revolución social debe ser hecha, es cierto, por las colectividades; pero para ser eficaz debe acontecer también en las conciencias individuales que componen tales colectividades. Por otra parte, mientras dura el régimen actual, su ambiente

determina una educación — o, mejor, inducción — de los individuos que lo sufren, en absoluto contraste con los fines ideales y morales de la revolución. ¿Cómo se consigue esto? A primera vista parece que estamos en un círculo vicioso: antes de la revolución no es posible una educación de las masas populares, y sin la educación de las masas no es posible una verdadera revolución.

Pero este dilema, por exactas que sean las observaciones de que arranca, es mucho menos rígido de lo que parece y de como gustan presentarlo los adversarios y enemigos de la revolución. Y es posible una revolución, menos desarrollada de lo que nosotros quisieráramos, pero no por eso despreciable, también con un pueblo no educado como sería necesario. Lo que no quita que toda revolución necesite un mínimo de educación preparatoria, y todo progreso educativo necesite un mínimo de atmósfera revolucionaria.

Un mínimo de atmósfera revolucionaria, empero, no falta nunca en las sociedades relativamente adelantadas, por políticamente reaccionarias que puedan ser. A veces las condiciones materiales reaccionarias son precisamente las que generan tal atmósfera. En todas partes el pensamiento y el sentimiento superan a la sola y animal tendencia a satisfacer las necesidades fisiológicas, y hay una aspiración cualquiera hacia lo mejor, un amor por los semejantes, una necesidad de libertad donde es posible echar la semilla de la revolución futura y desarrollar una función educativa: La propaganda de las ideas nuevas es el más simple y común medio de educación, pero no es el único.

Un error del que hay que guardarse es el de confundir la educación con la instrucción y la cultura. Estas últimas son medios indispensables para alcanzar un fin educativo cualquiera; pero no son la educación y no bastan para educar. Por lo contrario, si a la palabra "educación" damos el sano significado de desarrollo de las cualidades mejores del hombre y de reacción a sus tendencias malsanas, la instrucción y la cultura podrían también ser concebidas en sentido educativo.

En efecto, las clases dirigentes y explotadoras se sirven de la instrucción y de la cultura como medio de dominio y de latrocinio, para perfeccionar sus instrumentos de poder y de privilegio, para afilar sus armas ofensivas. Tratan de escatimar instrucción y cultura a las clases populares, para que no se despierten en éstas demasiadas exigencias; pero no pueden eximirse de darles ese mínimo necesario para hacer más renditiva la explotación. Y por lo demás, de esta instrucción y cultura que no pueden dejar de darle al pueblo, se sirven para educarlo en la servidumbre, para alimentar en él prejuicios y pasiones venales, para inspi-

de estos pocos antes o después recaen, a la primera debilidad, en el gran círculo social de que se habían destacado.

No obstante, el número de los rebeldes aumenta, y los rebeldes mismos en la lucha y en el dolor se mejoran. Su minoría de excepción, a medida que se educa, adquiere fuerza y consigue hacer una siempre creciente oposición al viejo mundo contra el cual se ha declarado en guerra. Sería irreparable error creer imposible la revolución mientras tal minoría no se vuelva mayoría, — porque esta última hipótesis es inadmisiblemente antes de la revolución, — pero, por suerte, de tal hipótesis no hay ninguna necesidad. La revolución es posible sin ella; y hasta se hace inevitable apenas la minoría rebelde ha adquirido cierto grado de conciencia y de autoeducación y alcanzado un dado límite de fuerza numérica. En cierto momento la barrera de las instituciones políticas y sociales no la soporta más: o el ambiente sofoca a la minoría rebelde — lo que puede suceder una, dos, diez, cien veces, pero no indefinidamente, — o la minoría despedaza la barrera y abre el período revolucionario.

Entonces las mayorías entrarán en juego y se educarán a su vez; la revolución será su gran educadora, sea porque habrá sacado de en medio todos los lazos y obstáculos que impedían a los más su propio mejoramiento, sea porque permitirá a la experiencia, gran maestra de la vida, desarrollarse libremente y educar con el ejemplo y el ejercicio a todos los que en ella participen.

Hoy el fin educativo puede ser alcanzado, y muy imperfectamente, sólo por una minoría, que también tiene necesidad de cierto grado de educación para tener la fuerza y la capacidad de iniciar la revolución. Pero sólo la revolución podrá educar a las mayorías para una vida nueva, equitativa y libre.

Luigi Fabbrì

Sobre la síntesis

Es sobre el método de la investigación de la verdad, sobre el modo general de encarar teóricamente el problema sobre lo que nos hemos detenido en el precedente artículo (Véase el SUPLEMENTO, N.º 121).

Hemos expresado la opinión de que ese modo debe ser sintético, es decir que en lugar de obstinarnos en una sola parte reconocida de la verdad completa, desfilándola y alejándonos de ella, de esa manera, al contrario, debemos tratar de conocerla y de abarcar el mayor número posible de partículas, aproximándonos por eso más y más a la verdadera verdad. En caso contrario, en lugar de un trabajo coordinado y fraternal, que se extiende y sea fecundo, nos deslizaremos seguramente en disputas y en disensiones interminables absolutamente insensatas. Cae siempre en los errores más groseros que acompañan inevitablemente al exclusivismo, a la estrechez, a la intolerancia y al dogmatismo doctrinario estéril.

Abordemos ahora a grandes rasgos otra cuestión esencial: ¿Quién, qué fuerzas y como realizarán la revolución social, — esa inmensa labor creadora? ¿Cuál será, en su esencia, por su carácter y en sus formas, todo ese proceso grandioso?

Ante todo es incontestable que la revolución social será, a fin de cuentas, un fenómeno creador extremadamente vasto y complicado y que solo las grandes masas populares que obren libre e independientemente, organizadas de un modo u otro, podrán resolver felizmente, fructuosamente el gigantesco problema de la reconstrucción social.

Entiéndase como se quiera el proceso de la revolución social, representémoslo como se quiera el fondo, las formas y los resultados inmediatos de la gran transformación social futura, todas las tendencias deben armonizar sobre ciertos puntos esenciales: un anarco-sindicalista, un anarco-comunista, un individualista y los representantes de otras corrientes libertarias se pondrán indudablemente de acuerdo sobre el hecho de que el proceso de la revolución social será un fenómeno infinitamente amplio, multiforme y complejo, el acto social más profundamente creador, e irrealizable sin una acción intensa de las masas vastas, libres, independientes y organizadas bajo cualquier forma que sea, es decir unidas de una manera o de otra, asociadas entre sí y obrando de concierto (1).

(1) Pues que justamente la concepción diferente del proceso social revolucionario no impide la unidad sobre esos puntos, podemos continuar nuestras consideraciones sin detenernos en un análisis más profundo y detallado de la revolución social. Este análisis será hecho en otro lugar. — Si existen anarquistas (en todo caso poco numerosos) que niegan la posibilidad de la reconstrucción social por las masas, — es decir que niegan la revolución social, — se entienda que no me refiero por ahora a ellos.

medios que se entrelacen y se combinen como se resolverán sus problemas. Los sindicatos, las uniones profesionales, los comités de fábricas, las organizaciones obreras productoras y otras con sus ramificaciones y federaciones en las ciudades y en las regiones industriales, las cooperativas y toda especie de órganos de unión, quizás también los soviets y toda organización eventual viva y móvil, las uniones campesinas, en el campo, sus federaciones con las organizaciones obreras, las fuerzas armadas de la defensa, las comunas verdaderamente libertarias, las fuerzas individuales y sus uniones ideológicas, — todas esas formas y métodos tendrán su parte; la revolución obrará por todas esas palancas; todos esos arroyos y torrentes nacerán y circularán de una manera natural formando el vasto movimiento general del gran proceso creador. — Es con todas sus medidas, con todas sus fuerzas e instrumentos como obrarán las vastas masas trabajadoras engranadas en el verdadero proceso revolucionario. Estamos persuadidos que aún las organizaciones obreras actuales reformistas y conservadoras se "revolucionarán" inevitable y rápidamente en el curso de ese proceso y, abandonando a sus jefes rehacios y a los partidos políticos que obran tras los bastidores, ocuparán su puesto, se reunirán con las otras corrientes del impetuoso torrente revolucionario creador.

El movimiento no será, claro está, una simple pulverización de la sociedad; y no tendrá el carácter de una desbandada y de una desorganización general. Aspirará, al contrario, natural e inevitablemente, a una armonía, a una alianza recíproca de las partes, a una cierta unidad de organización a las cuales, así como a la creación de las formas mismas, será impulsado imperiosamente por las tareas y necesidades inmediatas vitales. Esa necesidad será una combinación viva y móvil de formas variadas de la creación y de la acción. Algunas de esas formas serán rechazadas, otras renacerán, pero todas encontrarán su puesto, su misión, su necesidad, su destino, amalgamándose naturalmente y gradualmente en un todo armonioso. Pero es preciso que las masas queden libres en su acción; que no sea restaurada una "forma" que destruya toda creación: el poder. De las mil condiciones y razones locales y otras, dependerá dónde, cuándo y cuáles formas creadoras nacerán precisamente, cuáles serán rechazadas y cuáles se establecerán. En todos los casos, lo habrá puesto sólo para una forma, y tanto menos para una forma inmutable y rígida, ni aún para un proceso único y rígido. Localidades diferentes, condiciones diversas, necesidades variadas, harán surgir también formas y métodos variados. Y en cuanto al torrente creador general de la vida, de la construcción y de la unidad nuevas de la sociedad, será una síntesis viva de esas formas y de esos métodos. (Es así como comprendemos entre otras una "federación verdadera, viva y no formal. Creemos que las imágenes que se forman, a menudo en nuestros medios federalistas, sobre todo en los "anarco-sindicalistas", sobre un camino, un método, una forma de organización económica y social uniformes, contradicen en absoluto la verdadera noción de una federación o de una unión libre, que respire toda la plenitud o la multiplicidad de la vida, no modelada, y por consiguiente creadora y progresiva, natural y móvil).

La esencia económica de esa síntesis será seguramente la realización, la evolución y el afirmamiento sucesivo del principio comunista. Pero sus elementos componentes, sus vías de construcciones y sus funciones vitales serán múltiples, lo mismo que múltiples son las células, los órganos y las funciones del cuerpo, esa otra síntesis viviente. Lo mismo que sería absurdo afirmar que son precisamente las células nerviosas o musculares, los órganos digestivos o respiratorios las únicas células y los órganos creadores, activos y "verdaderos" de un organismo vivo, sin tener en cuenta que son una síntesis viviente de células y órganos de tipos y de destinos diversos, lo mismo sería absurdo creer que precisamente tal o cual método y forma sería el único método y forma "verdadera" de la construcción social futura, del nuevo conjunto social naciente.

La verdadera vida social, la creación social, la revolución social son fenómenos de pluralidad en síntesis, siendo esa pluralidad y esa síntesis además: elemen-

tos vivos, móviles, variables. (Eso es la ayuda mutua, la vida social actualmente enmohecida, estacionaria, modelada por la fuerza que inspira a muchos de nosotros, inconscientemente, ese punto de vista erróneo de que la revolución deberá marchar por tal o cual vía única y determinada. Es como si no supiéramos destacarnos de esa existencia anémica, miserable e incolora. Mantiene nuestro pensamiento, nuestras ideas en un estado que nos hace involuntariamente modular el porvenir. Pero una vez rechazada esa existencia modelada y abiertas las fuentes de un vasto movimiento creador, la revolución verdadera metamorfoseará la vida social en el sentido justamente de un movimiento grandioso general, de la más grande variedad y de su síntesis viviente). Debemos tener firmemente cuenta de esa circunstancia, es decir, no debemos tampoco atenernos a un solo modelo, sino tratar de abarcar esa totalidad (sin olvidar su movilidad), si queremos que nuestras aspiraciones y nuestras construcciones sociales respondan a las vías verdaderas de la verdadera emancipación y se conviertan en una fuerza real que ayudará a precisarse y a realizarse esas vías y aspiraciones.

Por tanto, igualmente desde el punto de vista puramente práctico, nosotros llegaremos a constatar que la pluralidad y su síntesis viviente son la esencia verdadera de las cosas y la piedra fundamental necesaria de nuestros razonamientos y construcciones.

La respuesta a las cuestiones planteadas al principio es:

La revolución social será realizada por las grandes masas con ayuda de una alianza y una acción combinadas de diferentes fuerzas, palancas, métodos, medios y formas de organización nacidas de diversas condiciones y necesidades. — En su esencia, por su carácter y por sus formas, todo ese grandioso proceso será por consiguiente "plural-sintético".

¿Por qué, pues, disputar sin fin y romper lanzas sobre la cuestión de si son los sindicatos obreros, las comunas o las asociaciones individuales, las organizaciones de clase o los grupos de afinidad y las organizaciones revolucionarias las que realizarán la revolución social, sobre cuáles serán las formas y los instrumentos "verdaderos" de la acción y de la creación revolucionarias, las células de la sociedad futura? No vemos en esas disputas absolutamente ninguna razón de ser. A la luz de lo que precede, el objeto de esas divergencias nos parece completamente vacío de sentido. Porque estamos convencidos que los sindicatos, las uniones de obreros, las comunas, las asociaciones individuales, las organizaciones de clase, los grupos de afinidad, las organizaciones revolucionarias, etc. — tomarán parte, cada cual en su esfera en la medida de sus fuerzas y de su alcance, en la construcción de la nueva sociedad y de la nueva vida.

Ahora bien, basta observar atentamente nuestra prensa, nuestras organizaciones, prestar oído a nuestras discusiones para ver que es por esa cuestión vacía más bien que por diferencias puramente filosóficas por lo que tiene lugar en nuestras filas una lucha encarnizada, que se difrasta y se sostiene dividiendo así más desesperadamente nuestras fuerzas con toda suerte de etiquetas: "anarco-sindicalistas", "anarco-comunistas", "anarquistas-individualistas", etc. y por lo que nuestro movimiento es pulverizado y deshecho insensatamente.

Creemos que es tiempo que los anarquistas de tendencias diferentes reconozcan bajo este aspecto la ausencia de fundamento serio a estas escisiones y divisiones. Un gran paso hacia adelante para nuestro aproximamiento se dará cuando hayamos reconocido eso. Habrá un pretexto menos para disensiones. Cada uno puede dar la preponderancia a éste o a aquél factor, pero admitir al mismo tiempo la presencia y el alcance de otros factores, reconociendo por consiguiente a otros anarquistas el mismo derecho a dar la preponderancia a otros factores. Es así como los camaradas darán un paso para saber marchar mano a mano en una misma organización, en un mismo órgano, en un mismo movimiento común, desarrollando cada cual sus ideas y su actividad en la dirección que les interesa, luchando ideológicamente, oponiendo sus

Los grandes artistas de España

GOYA

Con Goya, era por un día y es por esto que va tan ligero. Se diría que la vieja España, la de los Santos oficios, la de Don Quijote y de los castillos encantados, la de Sancho y del ras de tierra inexorable, la de la magia árabe, de la música ronca y triste, de la crueldad ingenua, de la risa macabra y de la muerte ardiente por doquiera ostentada u oculta, ha querido a este hombre para decirlo apresuradamente antes que el mundo moderno entrara junto con los franceses. Son los suyos, "más o menos" terribles, caballos, hombres mal contruidos, especies de maniqués trágicos, que viven una vida violenta pero que no tuvo tiempo de pulir ni de asentar. Traduce sus rápidas visiones no importa cómo. El dibujo vacila y tartamudea pero no duda jamás, va con un sólo rasgo rudo a su fin. El edificio es sumario, construye, con formas vacías, fantoches de estopa que llena con la llama de su pasión desenfrenada, como se rellena una muñeca de arcilla. Sin embargo, todo tiene su equilibrio, una arquitectura se entrevé, los grupos bruscamente dispuestos, que un instinto espontáneo de la armonía distribuye en bloques de sombra, en luces brillantes, en pasajes sutiles que dejan en el recuerdo, no formas definidas, sino una alucinación persistente, un fluido cuya claridad se desliza por doquier, revelando la vida interior en el agujero negro de un ojo, en una espalda y un brazo en evidencia, en la media de una pantorrilla, en un hormigueo en las tintineblas en un lago de plata que resplandece en la superficie de un cuadro. Todo es aproximativo, el paisaje, el gesto, el rostro, el hábito. La intensidad del drama gana con ello. Pues todo en él es drama, hasta un retrato. Son aparecidos, pesadillas allegándose desde el fondo de un pueblo, su sangre, su orgullo, su cólera, su risa, sus vicios, su voluptuosidad y su

Sus telas más concluidas parecen esbozos arrebatados al espacio como una gran acuarela todavía húmeda. El temblor de las armonías apagadas que Velázquez había revelado a España se hace más ligero, más flotante. Todo tiembla y brilla. Las sedas rosas o grises, los terciopelos azules o púrpura, no hacen ya pensar únicamente en flores ocultas bajo el rocío de plata de las órdenes, de las medallas, de las cintas, de las joyas colocadas sobre los pechos, los cabellos, las muñecas, los dedos. Se diría que a través del aire transparente y danzante de la tórrida España, la película interior de las naranjas, el reflejo de las flores en el agua pura, la sombra misma que hacían sobre las fuentes de cristal la rosa de los infantes, chispean en los diamantes y germinan en gotas de fuego en los rubres y los ópales. La perla inquieta lo invade todo, penetra el aire y la piel desnuda. Envuelve su lujuria, roza los bellos brazos de las mujeres, plenos como columnas vivientes, inflados de jugo y de sangre. La encuentra en sus guantes que suben más arriba del codo, en sus pequeños zapatos de satén, en los cabellos encuadrando sus rostros empolvados con una ligera aureola, en el corset apretado alrededor de sus senos tibios, en las polieras estiradas sobre sus vientres amorosamente acariciados y en su regazo anegado en sombra. Es el pintor más embriagador de la voluptuosidad carnal. Rodea a las mujeres de una especie de nimbo inflamado. Todas son bellas, hasta las feas. Una luz anacarada sobre la espalda, una boca húmeda, dientes que brillan, un brazo velloso y macizo bastan para afebrarlo. Su olor, que respira, su aliento, que bebe, flotan en sus armonías. Se posesiona ardientemente de todos los secretos de su carne. Tiene impulsos de violar, pero es vencido por la gracia. Es bestial. Pero una especie de lirismo



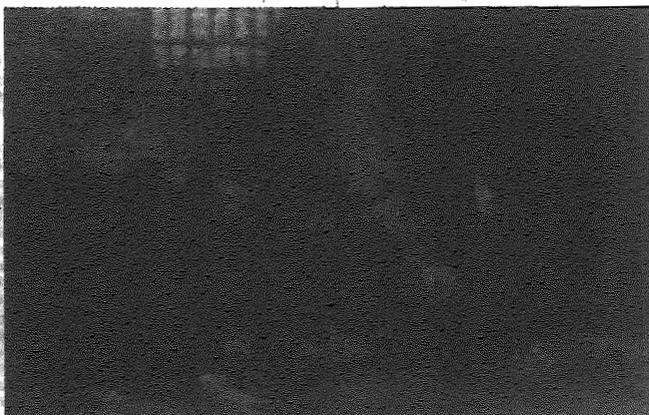
GOYA. — Majas en el balcón.

y marchita su cutis. Esqueletos descotados en una nube polvorienta de sedas, de flores, de muselinas y de joyas desparriadas aquí y acullá. Su rango no lo asusta. Infantes, reinas, son feas y nuestras si es así como las ve, y si las desea lo dice. Por otra parte ellas consenten. Todo consiente en España, con la condición de que el fuego interior consuma hasta el fin la vida. Los príncipes adoptan como pintor al que los conoce mejor, conceden a Ticiano, a Velázquez, a Carreño, el derecho de entregarlos al público.

Es el orgullo que los aparta, pero después se abandonan como los otros al inexorable realismo que permite a los españoles fabricar enfermos, torturar y ser torturados y con una indiferencia que los que no comprenden llaman crueldad, de rehundir las entrañas pendientes en el vientre de los caballos. Goya es el más implacable. Su familia real es una reunión de monstruos embrutecidos por las taras acumuladas, las prácticas devotas, las orgías furtivas y el miedo. Sus generales tienen aspecto de carniceros. El modelo se entrega al pintor, una indiferencia salvaje a todo lo que no sea pasión bruta, y la vida instintiva provoca choques bruscos de donde salta la chispa. Cuando no es una mujer o cuando ella no muestra los brazos, los senos, o las caderas, todo se concreta en el rostro que parece entonces una condenación del espacio aferrado al suelo. El aire se estremera en toda la carne, la carne se estremera en el aire con su irradiación íntima. La vida está como sorprendida. Los ojos — los ojos de niños sobre todo — son agujeros de sombra abiertos sobre el pensamiento indeterminado. Velázquez había visto eso. En Goya, el misterio sube, siendo la forma instantánea, una impresión fulgurante, un instante rápido y profundo detenido en un abrir y cerrar de ojos, una sombra ardiente que acumula

la en el segundo que pasa todo lo que existe de fuerzas espontáneas y secretas en un espíritu creador.

En Italia, donde pasó Goya varios años de su juventud, no había casi copiado, apenas había tocado sus pinceles. Meditaba mucho delante de las obras de los iniciadores de la pintura, divirtiéndose en lo demás de su tiempo. Velázquez a parte, que lo iluminó sobre el verdadero sentido plástico de España, ninguna tradición, nada más que un pensamiento frenético en el corazón de un mundo agitado en profundidad por una pasión tan feroz que llega a inmovilizarlo en los aspectos más agudos y más característicos. No comenzará casi a traducir sino después de sus cuarenta años, las visiones que deja madurar desde la infancia al contacto ardiente de sus vicios, de su cólera, de su odio, de su guapeza, de su impulso violento hacia el amor y la libertad. Y si algunos ecos lo atraviesan, lejanos, como velados por el aire vibrante y el polvo — el espíritu melancólico y musical de Watteau, la gracia licenciosa y Greuze y de Fragonard, el calor sensual de Proudhon, algo de Reynolds, algo del Tiépolo, es porque representa con una fuerza tanto más trágica cuanto es más solo en el país más oprimido de Europa, un siglo decidido en todas partes a emanciparse de los dogmas que lo ahogan y de las aristocracias que no son más dignas de imponerle un sentido. Se bate siempre contra la monarquía que lo alberga, contra la Inquisición que no lo comprende o no se atreve a romper su pincel, contra la religión decaída hundida en la estrechez de la letra para aferrar los símbolos frenéticos que lo atraviesan en chispazos, contra los franceses, cuando vienen a hundir a cañonazos lo que él ama y lo que odia. Todo le sirve de pretexto, su risa y su furor pasan tan libremente por los retratos de aparato como en las terribles aguas



GOYA. — La casa de los locos

ferver suscitados, entremecidos y arrojados conjuntamente a la vida. Goya es un brujío que hace hervir hierbas y sorprende en el vapor ardiente el sombrío espíritu del suelo que les dió vida.

convicciones en una común camaradería y no en campos hostiles que se excomulgan mutuamente. Establecer tales relaciones sería aportar una piedra sólida al edificio del movimiento anarquista unificado.

VOLIN.

mo salvaje ennoblece su bestialidad.

Por otra parte, conoce el peligro. El las ha visto mantear a un fantoche dearticulado. Debía, después de furiosas caídas, escapar de ellas, arrojárselas ardientes sobre la tela, poner su rabia en sus miradas de brasas sombrías y en sus bocas donde palpita la sangre. Cuando son viejas se venga, ahonda sus ojeras, raspa sus huesos, disloca sus mandíbulas, les arranca todos los cabellos, todos los dientes, enrojece sus pómulos y arruga

fuertes donde, en el fondo de los negros, se agitan vampiros, apariciones siniestras, gnomos, fetos alados, monstruos imprecisos, y donde los blancos hacen brillar claridades de gracia poderosa, en un seno, en una pierna de mujer, en un brazo puro enguantado de gris... Salta de una idea a otra, golpea aquí, mece allá, ama, violenta, aplasta con ironías disimuladas cuando se lo cree sumiso, se entenece en su rebeldía, no sabe siempre lo que quiere hacer o decir, y para no mentir en lo que siente lo expresa brusca y ruidosamente en chorros de ácido, no importa cómo, pero con la fuerza crispada que dan los nervios desnudos y la pasión más fuerte que el miedo, su pincel, su lápiz o su punta corren detrás de esa idea. ¿Es Watteau cuando se mezcla a las fiestas populares, cuando sorprende debajo de los árboles decoraciones de figuras envueltas en sus mantos, y trajes chispeantes, cuando organiza los juegos y las rondas donde se siente el aliento siniestro de algo que no será nunca más? ¿Es Shakespeare, cuando sigue hasta el sábado a las brujas, donde ve volar, en el fondo de cielos nocturnos, alas membranosas y fantasmas sangrientos? ¿Es Rembrandt cuando ilumina un monstruo furioso y acosado, una jauría humana en pos de él, con un rayo caído no se sabe de dónde? ¿Es Voltaire cuando prostrana a la muchedumbre ante un loro predicador, o arrodilla a las mujeres a los pies de un asno o de un espantapájaros vestido con un sayal? ¿Es Hokusay cuando ve aparecer en sus noches enervadas un rostro, una forma donde los aspectos más disparatados de la bestia se amalgaman a los de la muerte? ¿Es Dante cuando, llegada la guerra, se apilan en las carreteras los cadáveres de masacrados, que los soldados violan y engarrotan, cuando se ve salir de un cuadro la boca de los fusiles vueltos hacia un montón de carne aullante, cuando la cuerda o las manos estrangulan, cuando una linterna desde el suelo ilumina a verdugos cur-



GOYA. — Sucesos campestres

vados, rostros destrozados por las balas, bocas negras, brazos levantados, sangre y sesos salpicados por todas partes? Es, Goya, un campesino de España, bromista y sentencioso, un pilluelo feroz, un filósofo ceñudo, un visionario imposible de fijar en una forma, algo de alegre, de malo, de lúbrico y de noble al mismo tiempo o por partes. Atraviesa el carna-

val, se divierte con mujeres ardientes y muñecas descoyuntadas. Carmin de mejillas, alegría, fúnebre. No se sabe si ríe con los otros o si se ríe de ellos, o si debajo de sus risas entrevé los dientes de los cráneos descarnados. Va a ver matar toros, agarrotar bandidos, sangrar a los flajelantes, sube a las barricadas, azota al príncipe y tutea al bribón. Decora una casa con figuras espantosas: enterrados vivos que se baten, canibales ahitos de carne humana, sacudiendo trozos sangrientos. Rabia contra su tiempo con el cual comparte con pasión la crueldad, la galantería, lo novelesco corrompido. Es un espíritu libre y es un rústico. Es, de entre todos los grandes españoles que fueron sutiles y salvajes, el más salvaje y el más sutil. Está lleno de oscuridad, pero la llama lo ilumina. Se indigna como un santo, pero tiene el sadismo de la tortura y cuando dice: "Yo he visto esto", delante de miembros arrancados, de troncos decapitados, de cabezas pendientes de ramas, muestra un alma de verdugo... Ha vivido con furor su tierra sinestra y encantadora y su siglo llevando de frente la disolución consciente y el heroísmo instintivo. Ha muerto en el destierro, expulsado por los frailes, entre los franceses que él amaba por su espíritu de fronda y de los cuales había sido el enemigo más sangriento. Cuando se abrió su féretro, se encontraron en él dos esqueletos...

ELIE FAURE

(Fin de los "Artañes de España")

Los dos tipos de ladrones

Un miserable se ha enriquecido robando al público, vendiendo sus mercancías faltas de peso, y la ley le nombra jurado. En lo más rudo del invierno, un pobre roba un pan para mantener a su familia. Pasad la vista por esa sala en la que hormiguea el público: en ella el rico va a juzgar al pobre... Fijáos bien: ese juez, ese mercader, incomodado porque le hacen perder una

hora, mira distraidamente al hombre, que está llorando; lo envía a presidio, y él se marcha a su casa de campo. El público, el bueno y el malo, sale de allí diciendo: ¡Es justa la sentencia!... Sólo queda en el tribunal que ocuparon los jueces un Cristo pensativo y pálido que levanta los brazos al cielo desde el fondo de la sala. — Victor Hugo.

BIBLIOGRAFIA

Marx y Sorel—Un libro de Enrique Leone.

Si el sindicalismo revolucionario se ha enriquecido con tantas preciosas obras literarias en pocos años, se debe sobre todo a Enrique Leone, uno de los más doctos teóricos del sindicalismo revolucionario. Leone no es un militante; es un estudioso apasionado de los problemas económicos y sociales y especialmente del movimiento obrero. Ha sido, sino el único, por lo menos el más autorizado de los revisionistas italianos del marxismo, en el sentido sindicalista, recorriendo, sin embargo, un itinerario referente del de Georges Sorel. Se debe a Leone una comparación entre las teorías marxistas y las de Sorel que ha suscitado un vivo interés entre los estudiosos de los problemas sociales, en Italia tanto como en los otros países. El *Neo-Marxismo, Sorel y Marx* es, en efecto, una de sus últimas obras en la que expone sintéticamente y compara las doctrinas de los dos teóricos del devenir social.

Sorel se había propuesto ante todo "intensificar la obra, desarrollar el espíritu y volver a considerar para poder revisarla, las partes devenidas caducas o contradictorias, con las nuevas situaciones de la sociedad", pero ocurrió que en seguida se proyectó fuera del camino y terminó por enunciar ideas y doctrinas enteramente antitéticas con el marxismo. Y el conflicto de las dos doctrinas se manifestó en la concepción marxista del materialismo histórico y en la concepción soreliana del voluntarismo, es decir, en la negación de que el régimen de la sociedad sea dominado por el capital, negación hecha en nombre de las creaciones y de las posibilidades, cuyas se proclama capaz el espíritu libre no derivado de la idea de Hegel sino del intuicionismo bergsonian.

En treinta y ocho capítulos, plenos de pensamientos, el libro de Leone, pasa revista a los diversos y complejos problemas que son el objeto de estudio y de crítica en el dominio económico-social, especialmente los que reflejan el movimiento sindical.

En lo que concierne al Estado, Leone escribe que el estudio de la actividad de las organizaciones obreras nos las muestra ocupadas en concretar una vocación espiritual y material que tiende a colocar el trabajo en el centro de la vida productiva y a rechazar las invasiones del patronato y del Estado. Y esta vocación se realiza sea por perpetuos y cotidianos conflictos con las formas capitalistas de la industria, sea por una evocación siempre más clara y por una invocación siempre más insistente con el fin de crear una institución que desplace el centro de la vida y coloque en él el sindicato en lugar del Estado.

De ahí que el autor del libro afirme la necesidad de formar un sistema de vida basado sobre una civilización de los mismos productores quienes, después de haber abatido los poderes jerárquicos del Estado celebrarán la inauguración del trabajo voluntario y asociado.

Enrique Leone confirma la incapacidad de los partidos para realizar la revolución obrera.

Cita la obra de la democracia social en Austria y en Alemania, que "ha matado el deseo de realización de un plan proletario de transformación y el bolchevismo que ha obrado más como factor inhibitorio que como estimulante de la tendencia sindicalista (o soviética) de la revolución proletaria rusa".

Estas breves y fugaces citas no dan ni el pálido reflejo del examen que el autor hace de las doctrinas de Marx y de Sorel y de los conceptos que expone dando un carácter científico al sindicalismo obrero revolucionario.

G. T.



GOYA. — La infanta María Josefa

¿Qué es la anarquía?

Ignorancia de la gente sobre la anarquía — Locos o criminales — La anarquía es una idea que tiene bases científicas — La revuelta ha sido manifestación de todos los tiempos — Arbitrariedad e injusticia de la ley — La sociedad se mantiene únicamente por la violencia — Su inestabilidad — Dificultad de cambiar las concepciones humanas — La maleficencia de las instituciones políticas — Perjuicio de la división de la tierra — La anarquía y el obrero — La anarquía y la belleza — No hay seres superiores — Idealidad de las facultades humanas, sea el que sea su empleo — Perjuicio de la autoridad — La anarquía y los sabios — Extensión de la ciencia — Imposibilidad de aislarse una nación — Absurdo del patriotismo — La anarquía y la política — Inutilidad de las reformas — La anarquía y el espíritu religioso — Libertad en las relaciones de los seres — La realización de un cambio social ha parecido siempre imposible — La liberación del individuo por su voluntad de serlo.

A pesar de que la anarquía haya salido de la oscuridad en la cual se intentó ahogarla; a pesar de que hoy, merced a la persecución, merced a las leyes de excepción, tal como se hace en las peores monarquías, los nombres de anarquía y de anarquista no son ignorados por nadie, hay pocas personas que sepan con certeza lo qué es la anarquía.

En el "affaire" Dreyfus, a raíz del cual surgieron muchos anarquistas, su intervención tuvo por efecto ponerlos en contacto con políticos burgueses que los ignoraban totalmente, pero la anarquía no por ello salió más clara.

Anarquía, para los unos es el robo, el asesinato, las bombas, el retorno al salvajismo; los anarquistas no son otra cosa que ladrones, perzozos que quisieran poner todas las riquezas en común con el fin de poder regodearse en el "douce far niente".

Para los otros, la anarquía es una especie de utopía, de sueño de edad de oro, que, de buena gana, se reconoce muy hermoso, pero, un sueño, al fin, bueno a lo más para ilustrar los libros de moral, o para construcciones sociales fantásticas; los más clementes, encaran la anarquía como una vaga aspiración a la cual no oponen reparos para reconocer como deseable para que la humanidad tienda a alcanzarla, pero tan perfectamente inaccesible que no hay que preocuparse tan tenazmente en realizarla, y los anarquistas como una variedad de locos, de los cuales es bueno precaverse, como de pobres iluminados que pierden de vista los senderos prácticos para extraviarse en la ola de la utopía.

Son poco numerosos los que saben que la anarquía es una teoría que se apoya sobre bases racionales, que siendo los anarquistas hombres que han recogido las quejas de los que sufren del orden social actual, habiéndose compenetrado de las aspiraciones humanas, han emprendido la crítica de las instituciones que nos rigen, las han analizado, se han dado cuenta de lo que valen, de lo que pueden producir, y quienes, del conjunto de sus observaciones, deducen leyes lógicas, naturales, para la organización de una sociedad mejor.

Ciertamente, no tienen la pretensión de haber inventado la crítica del orden social; otros ya lo habían hecho antes que ellos; desde que existe el poder, hubo descontentos que no tuvieron pelos en la lengua para censurar sus actos, y si poseyéramos las leyendas que los humanos se transmitían antes de conocer la escritura, encontraríamos quizás en ellas, sátiras contra sus jefes. Se puede muy bien hacer la crítica del orden de cosas que existe sin ser anarquista, y algunos lo han logrado de una manera que jamás sobrepasarán los anarquistas.

Pero lo que los anarquistas creen haber hecho de más que aquellos, de más que las escuelas socialistas existentes o que les precedieron, es haber sabido reconocerse en el montón de errores que se desprenden de la complejidad de las relaciones sociales, de haber sabido remontar a las causas de la miseria, de la explotación y de haber, en fin, desnudado el error político que hacía esperar buenos gobiernos, buenos gobernantes, buenas legislaciones, buenos dispensadores de justicia, capaces de aportar el remedio a los males, cuyos sufre la humanidad.

La anarquía, estudiando al hombre en su naturaleza, en su evolución, demuestra que no puede haber buenas leyes, ni

buenos gobiernos, ni fieles ejecutores de la ley.

Toda ley humana es, forzosamente, arbitraria; pues, por más justa que sea, no representa, fuere la que fuere, la amplitud de concepción de los que la hacen, más que una parte del desarrollo humano, sólo una ínfima parte de las aspiraciones de todos; toda ley formulada por un parlamento, lejos de ser la obra de una gran concepción, es, por el contrario, el término medio de la opinión general, pues el mismo parlamento, por la manera de reclutarse, solamente representa un justo medio muy mediocre.

Aplicada a todos de la misma manera, la ley se convierte así, por la fuerza de las cosas, en arbitraria, injusta para los que están más acá o más allá de este término medio.

No pudiendo una ley representar las aspiraciones de todos, no puede, pues, aplicarse sino por el temor del castigo a los que la infringirían, su aplicación entraña la existencia de un aparato judicial y represivo; deviene así tanto más odiosa cuanto su coacción es más fuerte.

La ley, injusta ya, puesto que, concepción de minoría o de mayoría, quiere imponer su regla por unanimidad, se volverá todavía más injusta, puesto que, aplicada por hombres que tienen los defectos y las pasiones de los hombres, sus prejuicios, sus errores personales de apreciación, no pueden sino en consecuencia, sea la que sea su probidad, aplicarla bajo la influencia de sus errores y de sus prejuicios.

No puede haber ni buenas leyes, ni buenos jueces, ni por consiguiente, buen gobierno, puesto que su existencia implica una regla de conducta única para todos, cuando se sabe que es la diversidad lo que caracteriza a los individuos.

Toda sociedad basada sobre leyes humanas, y es el caso de todas las sociedades pasadas y presentes, no puede, pues, satisfacer plenamente el ideal de cada uno. Únicamente, la minoría de ociosos que, por astucia y por fuerza, ha sabido apoderarse del poder y de él usa para explotar en su provecho las fuerzas de la colectividad, únicamente esta minoría puede hallar en él su beneficio, e interesarse en la prolongación de este orden de cosas. Pero ella sólo puede hacerlo durar merced a la ignorancia que tienen los individuos sobre su propia personalidad, sobre sus posibilidades y sus virtudes.

Pero cualquiera que sea su ignorancia, cuando la comprensión es demasiado fuerte, se rebela. He ahí por qué nuestras sociedades son tan inestables, por qué las leyes son constantemente violadas por los que las promulgan o los que están encargados de aplicarlas, cuando su interés a ello les incita; pues, basado sobre la fuerza, es a la fuerza a la que recurren todos los que están en el poder o quieren llegar a él cuando están en el llano.

Promulgadas para ser aplicadas a todos y para contentar a todo el mundo, las leyes hieren más o menos a todo individuo, quien, merced a esto, quiere abolirlas o modificarlas cuando las sufre, pero desea consolidarlas cuando a su turno debe aplicarlas.

Sin embargo, las nuevas aspiraciones surgen pese a ello, y cuando el antagonismo deviene demasiado grande entré estas

aspiraciones y las leyes políticas, la puerta se abre ampliamente a las revueltas y a las revoluciones.

Y así sucederá siempre en tanto que para curar el mal hecho por una ley reconocida perjudicial, no se tenga otro remedio que la aplicación de una nueva ley.

Esta ignorancia de los hombres hace que las instituciones humanas, una vez establecidas, resistan a los cambios de forma. Se cambia los nombres, pero la cosa subsiste.

No habiendo todavía los hombres llegado a una concepción social diferente a la de la autoridad están condenados a girar en el mismo círculo, en tanto no hayan modificado su concepción: realza, imperio, dictadura, república, centralización, federalismo, comunismo, en el fondo, es siempre la autoridad, bajo el nombre de uno solo, o bajo la apariencia de la mayoría, siempre la voluntad de algunos impuesta a la totalidad.

Por otra parte, si el individuo aumenta sus conocimientos de una manera continua, lo hace en forma muy lenta; sin embargo se ha llegado hoy a tal punto que para desenvolverse en toda su integridad, es menester que su autonomía sea completa, que sus aspiraciones se manifiesten libremente, que pueda desarrollarse en toda su expansión, que nada trabese su libre iniciativa y su evolución.

De ahí que hoy, en fin, los anarquistas extraen, de esta crítica de la organización social actual, esta primera enseñanza: que las leyes humanas deben desaparecer llevándose consigo los sistemas legislativo, ejecutivo, judicial y represivo que traban la evolución humana, suscitando crisis sangrientas donde perecen tantos millares de seres humanos, retardando la humanidad entera en su marcha hacia adelante, arrastrándola algunas veces a la regresión.

Mientras que los políticos se han detenido en esta fórmula, que ellos creen el *non plus ultra* de la libertad: "el individuo libre en la comuna, la comuna libre en el Estado", nosotros sabemos que estas formas políticas son incompatibles con la libertad puesto que tienden siempre a someter un cierto número de hombres bajo la misma regla, nosotros formulamos nuestra divisa diciendo: "El individuo dejado libre de agruparse según sus tendencias, sus afinidades, libre de buscar aquellos con los cuales pueda concordar su libertad y sus aptitudes, sin ser trabado por ninguna organización política determinada por consideraciones geográficas y de territorio".

Fara que el hombre pueda desarrollarse libremente en todo su poder físico, intelectual y moral, para que pueda manifestar todas sus virtualidades, es menester que cada individuo pueda satisfacer todas sus necesidades físicas, intelectuales y morales.

Y esta satisfacción sólo puede ser asegurada a todos si la tierra, que no es la obra de nadie, es devuelta a la libre disposición del que pueda trabajarla, si el instrumental mecánico existente, fruto de la labor de las generaciones pasadas, cesa de pertenecer a una minoría de parásitos quienes descuentan un considerable diez-

mo sobre el producto de su actividad y la actividad de los que lo trabajan.

La tierra, demasiado dividida por una parte para permitir a los dueños de pequeñas parcelas poner en movimiento el poderoso instrumental que secundaría sus esfuerzos; por otra parte, acaparada en inmensos latifundios que permiten a una clase de ociosos deducir sin trabajar, una renta sobre la producción de aquellas a quienes consisten en darla en arrendamiento (1), la tierra nutre difícilmente a la población existente.

Sin contar la ignorancia que favorece una educación defectuosa y permite que la mayor parte de la gente se detenga en sistemas rutinarios de cultivo y de producción en los cuales malgastan muchos esfuerzos y trabajo para obtener resultados irrisorios.

Sin embargo, pese a estas causas de ruina, llegaría a alimentar, bien o mal, a cada ser viviente si los intermediarios no estuviesen ahí, almacenando los productos, especulando con ellos, contribuyendo para que la mayor parte de los individuos no estén en condiciones de adquirir lo que han menester.

Pues si todos no pueden comer de acuerdo con sus necesidades la culpa es de la mala organización social y no de la falta de producción. Una mejor repartición de los productos bastaría ya a cada uno para comer a su gusto. Una mejor distribución de la tierra y un mejor empleo de los instrumentos de producción puede traer la abundancia para todos.

Una comprensión más neta de las cosas llevaría al paisano a darse cuenta que su interés bien entendido es reunir su parcela de tierra a la de su vecino; de asociar sus esfuerzos al de ellos para disminuir su pena, aumentar su producción.

Y como nadie tiene el derecho de esterilizar, para su solo provecho, la menor parcela de terreno, en tanto haya un solo ser que no coma según sus necesidades, la próxima revolución tendrá por fin entregar la tierra a las manos que quieren cultivarla, el instrumental a los que quieren utilizarlo.

Esto es todo lo que la anarquía quiere demostrar al paisano, explicándole que los amos que le roban, explotan igualmente al trabajador de las ciudades; tratando de hacerle comprender que, lejos de considerar a éste último como un enemigo, debe tenderle la mano para auxiliarse mutuamente en la lucha por la vida, y llegar así a desembarazarse de sus parásitos comunes.

Ella demuestra al obrero que no debe esperar su liberación de los salvadores providenciales, ni de los paliativos con los cuales los fantoches de la política le deslumbran y quieren obtener sus sufragios para dominarlo, que la emancipación individual sólo se hará por la propia acción del individuo, únicamente será el resultado de su propia energía, de sus propios esfuerzos, cuando, sabiendo obrar, ejercite su libertad en lugar de mendigarla.

La anarquía no sólo se dirige a los que mueren de miseria. Comer según sus ne-

LOS PACIFICADORES...



Bajo el poder de las hordas negras, Italia se pacifica... y se despacifica. Y Mussolini es el genial intérprete de ese segundo renacimiento cesarista

su actividad y la trabajan.

dividida por una de los dueños de pe-
n movimiento el
de secundaria sus
te, acaparada en
e permiten a una
sin trabajar. una
de aquellas a
aría en arrenda-
ntre difícilmente

cia que favorece
a y permite que
ite se detenga en
cultivo y de pro-
algastan muchos
obtener resulta-

as causas de rui-
bien o mal, a
s intermediarios
enando los pro-
elios, contribu-
parte de los in-
diciondes de ad-
ter.

eden comer de
des la culpa es
social y no de
na mejor repar-
bastaría ya a
su gusto. Una
tierra y un me-
mentos de pro-
bundancia para

meta de las co-
a darse cuenta
didido es reunir
de su vecino;
al de ellos para
mentar su pro-
erecho de este-
eche, la menor
o haya un solo
us necesidades,
drá por fin en-
os que quieran
a los que quie-

anarquía quiere
plicándole que
otan igualmen-
dades; tratan-
que, lejos de
como un ene-
mo para auxi-
lucha por la
mbarazarse de

o que no debe
los salvadores
paliativos con
la política le-
ner sus sufra-
emancipación
la propia ac-
ente será el
ergia, de sus
abiendo obrar,
par de mendi-

rige a los que
según sus ne-

esidades es un derecho primordial que
prima sobre todos los otros y va a la
cabeza de las reivindicaciones del ser hu-
mano. Pero la anarquía abraza todas las
aspiraciones y no descuida ninguna necesi-
dad. La lista de las reclamaciones com-
prende todas las de la humanidad.

Mirbeau en sus *Malos Pastores* hace
proclamar, a los obreros en huelga, su
derecho a la belleza. Y, en efecto, cada
ser tiene derecho, no solamente a todo lo
que pueda mantener su vida, sino tam-
bién a todo lo que pueda hacerla fácil,
proporcionándole alegría y embellecerla.
Son raros ¡ay!, en nuestro estado social
aquellos que pueden vivir plenamente su
vida.

Hay individuos cuyas necesidades fisi-
cas están satisfechas, pero que encuen-
tran trabas en su evolución por la orga-
nización social vallada por la estrechez
de concepciones del nivel intelectual me-
dio: artistas, literatos, sabios, todos los
que piensan, sufren, moralmente ya que
no físicamente, del presente orden de
cosas.

Diariamente son heridos por las mez-
quindades de la vida corriente, descora-
zonados por la mediocridad del público
al cual se dirigen y al cual no pueden de-
jar de lado si quieren vender sus obras,
lo que los arrastra a compromisos, a es-
cribir obras vulgares y mediocre, cuando
no quieren consentir en reventar de
hambre.

La educación ha hecho creer a muchos
de ellos que eran de una esencia superi-
or al paisano, al trabajador manual de
los cuales descienden en la mayor parte
de los casos, sin embargo. Se les ha per-
suadido que es menester, para que su
"talento" se desarrolle, para que su ima-
ginación pueda manifestarse libremente,
que la "vil multitud" se encargue de los
duros quehaceres, se ocupe de servirles,
se exteña para hacerles, por medio de
su trabajo, la vida fácil, que era necesi-
rio, para que su "genio" alcanzase su
completo desenvolvimiento, la atmósfera
de lujo y de ociosidad de las clases aris-
tocráticas.

Una concepción sana de las cosas ha
hecho comprender que para ser completo,
el hombre debe ejercitar tanto sus
miembros como su cerebro, que el trabajo
no envilece sino porque se ha hecho
de él un signo de esclavitud y que el hom-
bre, verdaderamente digno de este nom-
bre es el que no ha menester de reposar-
se sobre los otros de los cuidados de la
existencia.

Un hombre vale lo que otro; si hay
gradaciones de desenvolvimiento, ello re-
posa en causas que ignoramos, pero tal
ignorante puede tener cualidades superi-
ores a las del más sabio que él. En to-
do caso, la inteligencia si favorece al que
la posee, no por eso le da el derecho de
explotar ni gobernar a los otros. Justa-
mente ésta diferencia de desarrollo im-
plica diferencia de deseos, de aspiracio-
nes, de ideal, y es al individuo mismo al
que corresponde convertir en realidad lo
que responde mejor a su concepción de
la felicidad.

Por lo demás, estas diferencias de desa-
rrollo no nos parecen tan grandes sino
porque la educación, mal comprendida y
mal distribuida, perpetúa los errores y
los prejuicios. La imaginación, la inven-
ción, la observación, el juicio, si bien es
cierto que difieren algunas veces en in-
tensidad en cada individuo, no difieren
en esencia, son simples facultades de
nuestro cerebro que no pierden su cali-
dad por ser empleadas en construir una
máquina, una casa, restañar un caldero,
o confeccionar una novela o un tratado
de anatomía.

Sedientos de jerarquía, los humanos
han dividido en ocupaciones nobles y ba-
jas, el empleo diverso de nuestras fuer-
zas.

Los parásitos que se han abrogado el
derecho de ser nuestros amos declarán-
dose superiores, han establecido que no
hay nada de verdaderamente noble co-
mo la ociosidad, que no existe nada más
bello que la fuerza empleada en destruir;
le que está destinado a producir, a hacer
surgir de la tierra, y de la industria, to-
do lo que es necesario para sustentar la
vida, siendo de calidad vil e inferior, su
empleo debe ser reservado a las clases
serviles.

Y nosotros, basándonos en lo dicho
más arriba, continuamos declarando vi-
les ciertas ocupaciones, olvidando que

ellas son tales porque una clase de gen-
tes está forzada a cumplirlas al servicio
de otra clase, de servir sus órdenes y ca-
prichos, de enajenar su libertad, pero
que no puede haber nada de vil en no
importar qué trabajo, consistente en sub-
venir a nuestras necesidades propias.

El artista, el literato, pertenecen a la
masa; no pueden aislarse de ella, y for-
zosamente, experimentan los efectos de
la mediocridad ambiente. Por más que
se atrincheren tras los privilegios de las
clases dirigentes, por más que quieran
aislarse en su "torre de marfil", si hay
rebajamiento para el que está reducido
a los peores menesteres para satisfacer
su hambre, la moralidad de los que lo
condenan a ello, no es superior a la suya;
si la obediencia envilece, el mandar, le-
jos de elevar los caracteres, por el con-
trario, los rebaja.

Para vivir su sueño, realizar sus aspi-

raciones, es menester que trabajen ellos
también, para alcanzar la superación mor-
al e intelectual de la masa, que compren-
dan que su propio desenvolvimiento está
hecho de la intelectualidad de todos; que
fuere lo que fuere, la altura que crean
haber alcanzado, reposa sobre la multi-
tud; si tienden a elevarse, mil vínculos
les atan a ella, traban su acción, su pen-
samiento, impidiéndoles para siempre al-
canzar las cumbres entrevistas. Una so-
ciedad normalmente constituida, no ad-
mite esclavos sino un cambio mutuo de
servicios entre iguales.

JUAN GRAVE

(Concluida)

(1) Cuando no la inmovilizan trans-
formándola en tierras de caza, parques
de diversión, o la dejan estéril carentes
de capitales necesarios para mejorarla,
o simplemente por negligencia.

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

(Continuación)

"Al mismo tiempo que se localizará
en todas partes, la revolución tomará
necesariamente un carácter federalista. En
cuanto se haya derribado al gobierno es-
tablecido, las comunas deberán reorgani-
zarse revolucionariamente, darse jefes,
una administración y tribunales revolu-
cionarios, constituidos por el sufragio
universal y la responsabilidad real de to-
dos los funcionarios ante el pueblo. Para
defender la revolución, sus voluntarios
formarán al mismo tiempo una milicia
comunal. — Pero aislada ninguna comu-
na podrá defenderse. Será, pues, una ne-
cesidad, para cada una la propagación de
la revolución fuera, la sublevación de to-
das las comunas vecinas, y a medida que
se subleven, la confederación de ellas pa-
ra la defensa común. Formarán necesari-
mente entre sí un pacto social basado
en la solidaridad de todas y en la auton-
omía de cada una. Ese pacto constituirá
la constitución provincial. Para el gober-
no de los asuntos comunes se formará
necesariamente un gobierno y una asam-
blea o parlamento provinciales. Las mis-
mas necesidades revolucionarias impul-
sarán a las provincias autónomas a fe-
derarse en regiones, las regiones en fe-
deraciones nacionales, las naciones en fe-
deraciones internacionales — y el orden y
la unidad, destruidos en tanto que pro-
ductos de la violencia y del despotismo, re-
nacerán del seno mismo de la libertad".

"Necesidad de la conspiración y de una
fuerte organización secreta, que converja
en un centro internacional, para prepa-
rar la revolución"...

Advertimos que estos documentos, muy
explícitos sobre muchas cosas, no hablan
de la expropiación de los usurpadores pre-
sentes del capital social. Es una caracte-
rística consistente de este programa, por-
que dice expresamente: "...sin expropiación
alguna, por los meros esfuerzos y po-
deres económicos de las asociaciones
obreras, el capital y los instrumentos de
trabajo caerán en posesión de aquellos
que los apliquen a la producción de las
riquezas por su propio trabajo". Bakunin
basaba, pues, en 1866 su socialismo
enteramente en esos dos factores: el po-
der del trabajo voluntariamente asocia-
do y la abolición del derecho de heren-
cia; los capitalistas serán poco a poco
eliminados por la concurrencia de las aso-
ciaciones y completamente por la muerte
sucesiva que haría pasar su herencia al
fondo de educación de los niños. Es una
fusión de las ideas de los saint-simonian-
os y de los asociacionistas franceses
que no reclamaban la expropiación de
los capitales, pero que tienen fe en la
concurrencia victoriosa de las asociacio-
nes. — En cuanto a la tierra, Bakunin
es ya colectivista.

En su programa revolucionario redac-
tado en el otoño de 1868 se lee sin em-
bargo: "La confiscación de todos los capi-
tales productivos y de todos los instru-
mentos de trabajo en provecho de las aso-
ciaciones de trabajadores que deberán ha-
cerlos producir colectivamente" y "La
confiscación de todas las propiedades de
Iglesia y del Estado lo mismo que de
los metales preciosos de los individuos
en beneficio de la Alianza federativa de
todas las asociaciones obreras. — Alian-

za que constituirá la comuna." El pro-
grama de 1868 agrega: "En cambio de
los bienes confiscados, la comuna dará
lo estrictamente necesario a los indivi-
duos despojados así, pero por su propio
trabajo podrán ganar más tarde más si
pueden y si quieren."

Este programa (1869) continúa: "Para
la organización de la comuna, la federa-
ción de las barricadas en permanencia y
la función de un consejo de la comuna re-
volucionaria por la delegación de uno
o dos delegados por barricada, uno por
calle o barrio, delegados investidos de
mandatos imperativos, siempre responsa-
bles y siempre revocables. El consejo co-
munal organizado así podrá elegir de su
seno comités ejecutivos separados por ca-
da rama de la administración revolucio-
naria de la comuna".

"La revolución debe hacerse en to-
das partes por el pueblo y la suprema di-
rección debe quedar siempre en el pue-
blo organizado en federación libre de aso-
ciaciones agrícolas e industriales — y
por tanto el Estado revolucionario y nue-
vo se organizará de abajo arriba por vía
de delegación revolucionaria y abarcará
todos los países insurrectos en nombre de
los mismos individuos sin hacer caso de
las viejas fronteras y de las diferencias
de nacionalidades, tendrá por objeto la
administración de los servicios públicos y
no el gobierno de los pueblos. Constituirá
la nueva patria, la Alianza de la revoluc-
ión universal contra la Alianza de to-
das las reacciones".

"Esta organización excluye toda idea
de dictadura y de poder dirigente, tute-
lar. Pero para el establecimiento mismo
de esa alianza revolucionaria y para el
triunfo de la revolución contra la reac-
ción, es necesario que en medio de la
anarquía popular que constituirá la vi-
da misma y toda la enjundia de la re-
volución, la unidad del pensamiento y de
la acción revolucionaria encuentre un
órgano. Ese órgano debe ser la Asociación
secreta universal de los hermanos inter-
nacionales".

Escuchemos aún la palabra de Bakunin
en una carta íntima escrita a Celso
Cerretti (publicada en 1896):

"... El objeto positivo de la revolución
social será la organización nueva de la
sociedad más o menos emancipada. ("El
derrocamiento del Estado y del monopo-
lio financiero actuales" son su objeto
negativo). También bajo este aspecto, el
ideal es claramente planteado por la teo-
ría. Como organización política es la fe-
deración espontánea, absolutamente libre,
de las comunas y de las asociaciones ob-
reras. En la práctica será lo que cada se-
cción, cada provincia, cada comuna y cada
organización obrera quieran y puedan,
siempre que sea realmente la voluntad
real de las poblaciones y no la arbitrarie-
dad, la fantasía o la prepotencia de los
jefes quienes decidan".

"... Emancipación del trabajo no pue-
de, pues, significar otra cosa que la ex-
propiación de los capitalistas y la trans-
formación de todos los capitales necesari-
os para el trabajo en propiedad colec-
tiva, de las asociaciones obreras".

"... Así, expropiación de los detentado-
res del capital, transformación del capi-
tal en propiedad colectiva de las asocia-
ciones obreras y organización de la soli-

daridad universal, — tal es el ideal del
proletariado de los campos.

"Estos dos ideales se pueden conciliar
muy bien con el principio de la libre fe-
deración de las comunas y de las asocia-
ciones obreras, proclamado atrevidamente
hace un año por la Comuna de París".

Aparte de la diferencia señalada rela-
tiva a la expropiación, las concepciones
de 1866 y 1872 son las mismas y se vuel-
ven a encontrar por todas partes en la
obra de Bakunin. El programa de 1866,
que nos parece crudo y primitivo, corres-
pondría a las situaciones de entonces, so-
bre todo en Italia, donde escribe: "nin-
gún movimiento organizado, pero en cam-
bio instintos populares revolucionarios y
la perspectiva de guerras nacionalistas y
burguesas que no plantearían más que
las fundaciones de nuevas guerras y per-
petuarían el estatismo y la guerra, que
son inseparables." A esa triste perspecti-
va (que se ha realizado al pie de la let-
ra) Bakunin opone la única solución
completa que se puede concebir: la di-
solución de los Estados actuales, que no
son más que instrumentos de opresión
en el interior y de guerra en el exterior
y una reconstrucción libre de abajo arri-
ba por la federación libre de las unida-
des primitivas con ciertas garantías pa-
ra las minorías (derecho de secesión).
No importa aquí el saber si se puede con-
cebir un federalismo más libertario: nos-
otros vemos las grandes líneas de su pro-
yecto, y en el dominio social tendría lu-
gar una reconstrucción paralela: el in-
dividuo se convertiría en una unidad so-
cial (laboriosa) verdaderamente indepen-
diente por el mantenimiento, la educación
y el aprendizaje que le serían garantiza-
dos hasta su mayoría de edad; entonces
se asociaría socialmente, como se federa-
ría políticamente, es decir, como gusto.
Evidentemente esas proposiciones no
se refieren más que a la primera gene-
ración después de la revolución, antes
de la muerte de los últimos burgueses.
Una segunda generación no contendrá
más que hombres libres que han aprendi-
do todos a trabajar. Pero Bakunin no
componía una utopía, no perdió de vista
que era necesario laborar y sembrar an-
tes de cosechar. No tenía tiempo que per-
der y lanza raramente una mirada más
allá. Sin embargo, al escribir en 1866 so-
bre las asociaciones cooperativas obreras
dijo:

"... Es posible y aun muy probable
que superando un día los límites de las
comunidades, de las provincias y aún de los
Estados actuales, den una nueva consti-
tución a la sociedad humana entera, no
repartida ya en naciones, sino en grupos
industriales diferentes y organizada se-
gún las necesidades no de la política, si-
no de la producción. Esto se refiere al
porvenir".

A partir de 1868 la Internacional ad-
quirió grandes dimensiones y Bakunin
empieza a creer en las posibilidades re-
volucionarias que dormitaban aun en las
grandes masas. Como acabamos de ver,
propone entonces la expropiación inme-
diata y completa en caso de revolución.
Pero en ese caso la abolición del dere-
cho de herencia (del cual no se habla en
el documento de 1868) tendría un doble
empleo: después de la expropiación no
queda ya nada que transmitir por vía de
herencia. En 1869, en su propaganda pú-
blica (Ginebra y el congreso de Basilea)
Bakunin insiste sin embargo ante todo
en el derecho de herencia; por ejemplo:
"entendemos que el capital, lo mismo que
la tierra, en una palabra todos los instru-
mentos y todas las materias primas del
trabajo, al cesar de ser transmitidas por
el derecho de herencia, se convierten para
siempre en propiedad colectiva de to-
das las asociaciones — productoras — y".
"Concluimos. Basta que el proletariado
declare que no quiere sostener más el Es-
tado que sanciona su esclavitud para que
el derecho de herencia, que es exclusi-
vamente político y jurídico y por consi-
guiente contrario al derecho humano, caiga
por sí mismo. Basta abolir el derecho
de herencia para abolir la familia jurí-
dica y el Estado". Esboza una "vía de re-
formas en el país dichoso, muy raras,
pero no decir desconocidas", en que los bur-
gueses mostrarían buena voluntad sincera;
"por una serie de modificaciones suce-
sivas, sabiamente combinadas y medita-
das amistosamente entre los trabajado-
res y los burgueses, se podrá abolir com-
pletamente en veinte o treinta años el
derecho de herencia y reemplazar el mo-
do actual de propiedad, de trabajo y de
instrucción por el trabajo y la instruc-

ción colectiva por la educación integral o instrucción integral". . . "El método de la revolución será naturalmente más corto y más simple. . . Debe ser entendido entre nosotros (esto es un extracto del informe ginebrino al congreso de Basilea) que el primer día de la revolución el derecho de herencia será simplemente abolido, y con él el Estado y el derecho jurídico, a fin de que sobre las ruinas de todas las iniquidades se eleve, a través de todas las fronteras políticas y nacionales, el mundo internacional nuevo, el mundo del trabajo, de la ciencia, de la libertad y de la igualdad, que se organizan de abajo arriba, por la asociación libre de todas las asociaciones productoras".

La expropiación hace evidentemente inútil la abolición del derecho de herencia y esta desaparece, según mis recuerdos, después de 1869 de los escritos de Bakunin y deja su puesto a la expropiación. Puedo engañarme en este punto que no me es posible verificarlo ahora al ojear todos sus escritos de 1870 en adelante, pero se trata en eso de una medida transitoria, como otros habían propuesto a la legislación directa en semejante carácter (Dejacque, De Paepse). Bakunin es lo menos inclinado posible a los medios de transición: "en todas partes y en todo el hecho revolucionario, en lugar del derecho creado y garantizado por el Estado" — he ahí su idea (1868). Pero ha creído absolutamente necesaria siempre otra medida auxiliar; fué la dirección secreta, invisible de los preparativos y de la acción revolucionaria de los militantes asociados entre sí para ese fin. Pensaba que dos o tres cientos hombres en cada país y cien para la organización internacional en toda Europa, bastarían (1868).

Comprendía como nadie el carácter perjudicial de la dictadura abierta y no quería nada mejor que ver a las masas libertarse, accehaba y saludaba las menores manifestaciones de instinto revolucionario. Pero como observador objetivo, no creía que las masas de la época, apenas despertadas, fueran capaces de acción y sobre todo de cooperación espontánea y efectiva. La dictadura invisible, y por ese medio cerraría el camino a la ambición de los militantes que quedarían en la oscuridad, le pareció el mejor medio para aproximar los dos polos, las masas todavía demasiado poco desarrolladas y las grandes exigencias que demanda la revolución radical, la única que puede dar la victoria.

Esta solución puede desagradaarnos; ¡que se encuentre una mejor! Es fácil profesar una fe ilimitada en la espontaneidad—¿dónde están hoy los resultados, sesenta años después de la fundación de la sociedad secreta de Bakunin? Las masas han hecho aún muy poco por sí mismas, pero se han dado, aparte de los patronos y del Estado que soportan, treinta y seis mil nuevos jefes en cada país, permanentes y elegidos, grandes y pequeños, que controlan su menor acción y se burlan de toda espontaneidad. Llamada falta de disciplina. Bakunin no quería eso, no quería tampoco cruzarse de brazos y esperar la acción espontánea. Pensó, pues, en el impulso invisible. Otros, más tarde, han imaginado la propaganda por el hecho, la iniciativa libertaria, de que hablaré más adelante. Para Bakunin y sus camaradas, el medio indicado fué el que encontraron mejor.

Todo esto no es más que una parte restringida de la obra anarquista de Bakunin, esa parte en que trataba de aplicar las ideas a las situaciones y a la mentalidad de su tiempo, de los años entre 1864 a 1867 cuando el movimiento obrero era casi nulo, relativamente, y de 1868 a 1874, cuando el movimiento recién nacido fué pronto entredesgarrado por las luchas intestinas entre autoritarios y libertarios. Para obrar sobre esos materiales, masas y militantes, ambos tan poco desarrollados, ha reducido las ideas a las proporciones que acabamos de examinar. Pero su gran obra permanente la encontramos en los bellos escritos de filosofía libertaria que sobaban el principio de autoridad en todas sus formas. A partir de los fragmentos de 1865, a través de sus brillantes discursos en los congresos de la paz (1867, 1868), el *Antiteologismo*, la carta a la *Democracia* (1868), los artículos de *L'Égalité* (1869) hasta el gran manuscrito de 1870-71, del que fué sacada la joya de sus escritos, *Dios y el Estado*, hasta *El principio del Estado*, hasta los escritos contra Mazzini (1871), etc. — hay una larga serie de estudios libertarios cuyo verdadero fin habría sido alcanzado si hicieran de sus lectores, no hombres que juran sobre las palabras de Bakunin, sino que aprendan a pensar y obrar por sí mismos, como anarquistas, a hacer mejor que Bakunin, si pueden, a ser hombres libres que apresuren el advenimiento de la libertad, pues "el aire de autoridad que debemos respirar los ahoga. Existe una fuerza dinámica creadora de anarquistas en sus escritos, con sólo tomarse el trabajo de utilizarla.

Max Nettlau

El problema de la procreación y la prevención de la maternidad (4)

La política estatal de la repoblación.—

En los Estados capitalistas todos los gobiernos aspiran a multiplicar el número de sus habitantes. Todos los gobiernos cuentan con la posibilidad de verse envueltos en una guerra voraz. Y hay gobiernos que se arman incesantemente para la guerra, que trabajan conscientemente en la declaración de guerra a otros gobiernos en un tiempo apropiado para conquistar tierras y hombres. Reconocen que justamente en Alemania, en los años anteriores a la guerra mundial, tuvo lugar una furiosa concurrencia de armamentos. Eso se hizo hasta que el partido militar consideró llegado el momento de atacar. El recuerdo de esa "gran época" procura dolores morales a todo hombre que piense libremente. El suceso más miserable no sólo fué el hecho de la renuncia de la social-democracia alemana y de los sindicatos centralistas y su completa sumisión al partido militar, sino la declaración de la locura de la guerra por el 99 por ciento de los intelectuales. Todo socialista, por mil razones económicas, políticas y humanas debe ser adversario de la guerra. Hoy nos interesa sólo una parte de la guerra: ¿Qué efectos ha tenido la guerra mundial en los hombres, en su número y en su salud? Queremos examinarnos de una exposición propia y dejamos hablar a otros. Hay en Copenhaga una sociedad para el estudio de las consecuencias sociales de

la guerra. Y esa sociedad editó un folleto sobre *El movimiento de la población en la guerra mundial*, por C. Doring. I. Alemania. De ese folleto tomamos un capítulo: *El movimiento de la población después de la guerra mundial*.

"En resumen: los efectos de la guerra mundial en el movimiento de la población, se presentan así:

1.—El pueblo alemán, a causa de la disminución de los nacimientos y del aumento de la mortalidad sufrió una pérdida total de 5 a 6 millones de seres humanos. A consecuencia de eso, en la evolución del número de los habitantes se ha producido un movimiento de retroceso. El número de los habitantes ha bajado de 67,8 a 65,1. De ellos 33,9 millones son mujeres y 31,2 hombres.

2.—De la pérdida total, 3,5 millones son causados por la disminución de los nacimientos y 2,1 millones por el aumento de la mortalidad.

3.—La edad y proporción del número de los sexos han sido perfectamente quebrantadas. Por mil personas de sexo masculino, en lugar de 1024 corresponden 1086 personas de sexo femenino. En la edad de 20 a 50 años la proporción no es ya 1000: 1005, sino 1000: 1155 y a los 50-55 años, es decir, la edad del matrimonio, la desproporción es más notable aún.

4.—La natalidad desde mayo de 1915 hasta julio de 1919 es 1/3 hasta 1/2 de la natalidad en los períodos normales.

4 a).—El aumento de la mortalidad a consecuencia de las pérdidas sanguíneas (1,8 millones) afecta en primera li-

nea a las generaciones masculinas más vigorosas y capaces: El número de los hombres en edad militar ha bajado de 14 a 12,2 millones o sea un 13 por ciento. Además se añaden los centenares de miles de supervivientes más o menos estropeados. A causa de esa selección al revés ha sido aniquilada en gran parte la mejor energía del pueblo alemán.

5.—La población civil, a consecuencia de la alimentación deficiente y del exceso de trabajo, ha sufrido también fuertemente. Más que nadie fueron afectadas las clases pobres de la población urbana. Más de 700.000 seres humanos, por sobre la proporción normal, han muerto después de haber pasado el primer año de vida.

A esos efectos directos se añaden los efectos indirectos.

6.—La desmovilización duró dos o tres meses. Aún después de ella se conservan considerables masas de tropas bajo las armas. Además había, a fines de febrero de 1919 más de 800.000 soldados alemanes prisioneros de guerra; y todavía falta por ver cuándo serán libertados. En este período de transición la proporción de la natalidad será aún fuertemente influenciada.

7.—Pero la enorme pérdida de hombres capaces de reproducirse, tiene siempre su influencia aún después de la paz y de la vuelta de los prisioneros de guerra en el movimiento de la población. Cayeron en la guerra 1,8 millones de hombres. Añádase la pérdida de la población civil y considérese que centenares de miles de soldados regresan debilitados en vigor reproductivo, por consiguiente no sería exagerado estimar la pérdida total en hombres capaces de reproducir en 2,5 millones. En consecuencia la natalidad después de la guerra persistirá largo tiempo un 20 por ciento más reducida que en tiempo de paz. También el número de los matrimonios será menor. No se debe uno ilusionar con el ejemplo de otras guerras. Pues la pérdida humana de la última guerra, que se concentró en cuatro años, no tiene igual en la historia.

8.—La salubridad de la población ha empeorado enormemente en la guerra a causa de la alimentación insuficiente y del exceso de trabajo. Sufrieron en especial las clases pobres de la población laboriosa. Es espantoso el progreso hecho por la tuberculosis. En los últimos años de guerra aumentó un 50 por ciento. Por tanto, la mortalidad de la población en general será mayor por un tiempo considerable después de la guerra que en tiempos de paz. Esto es también probable a causa de que la producción de las condiciones anormales de la alimentación exigirá un cierto período.

9.—Finalmente no hay que olvidar que las dificultades económicas (carestía, falta de materias primas, falta de medios de comunicación, etc.) en que está el pueblo alemán, no dejan de tener su repercusión en el problema de la población. Pues cuánto más difíciles sean las situaciones económicas, cuanto más difícil sea la alimentación de los niños, más fuerte será el deseo de limitar artificialmente la natalidad.

Las consecuencias totales de la guerra para el movimiento de la población no son, pues, entrevistas en todo su alcance a causa de su grandeza.

A una pérdida de más de 5 millones y medio de hombres se agrega el retroceso persistente de la natalidad y una cifra más elevada de mortalidad por muchos años.

Sobre estos hechos no se hacen ilusiones los políticos alemanes de la población. Como prueba de ello mencionamos aquí que en los debates de las organizaciones dirigentes, que se ocupan en especial del problema de la población, totalmente modificado por la guerra, ha sido declarado.

La sociedad alemana para la política de la población, fundada durante la guerra, en la que ingresaron numerosos políticos y hombres de ciencia, celebró el 18 de abril de 1915 su primera asamblea general, en la cual el presidente, profesor Julius Wolff, expuso el objeto y el propósito de la sociedad. Dijo, sobre los efectos de la guerra en la natalidad:

"No se puede contar con un aumento constante de la natalidad después de la guerra. El gran número de los inválidos, inapropiados e incapaces de hacerse cargo de las necesidades de una familia y el trabajo industrial creciente de la mujer, se opondrán a ello" (según el informe de

la *Münchener Med. Wochenschrift*, 26 de octubre, 1915).

En la octava conferencia de la Comisión central de beneficencia (Berlín), se ha discutido más hondamente el problema entero de la población. El protocolo de los debates, que se celebraron del 26 al 28 de octubre de 1915, ha sido publicado con el título: *"Mantenimiento y aumento de la fuerza popular alemana"*. El orador principal que habló sobre el asunto del *Aumento de la natalidad*, profesor Oldenburg-Göttingen, llegó al siguiente resultado:

"Es la sangre de nuestra población masculina la que consumimos. Si la guerra dura mucho, nos faltarán varios millones de niños y de padres. Los muertos pertenecen a la edad más fecunda; por tanto nuestro pueblo saldrá de la guerra con una generación enrañada que influirá considerablemente la reproducción en los primeros años de la paz. También la proporción numérica de ambos sexos será destruida."

Es de notar que según la opinión del orador la cifra general de la mortalidad en Alemania se había acercado antes de la guerra a su límite más inferior.

La asociación central para la lucha contra el alcoholismo, de Berlín, se ocupó también en su octava conferencia (14 de junio de 1916) de los efectos de la guerra en el movimiento de la población. El profesor Tuzcek-Marburgo, dijo en una conferencia especial:

"La guerra disminuye la población actual por la gran pérdida y la futura por los obstáculos a la reproducción.

A causa del aniquilamiento de una generación masculina entera, quedará cerrado a muchas muchachas el camino del matrimonio. Después de la guerra tendrá lugar una desproporción en la existencia de los sexos desventajosa para el aumento de la población."

A tales conclusiones se llegaba ya en el segundo año de la guerra, cuando aun eran poco evidentes los efectos corruptores de la alimentación deficiente.

Esa enorme devastación sin ejemplo en las consecuencias de la fuerza humana presenta al pueblo alemán problemas sociales y políticos de la naturaleza más grave. Con pequeños medios no se puede operar aquí. Sólo una política en gran escala, sistemática, sobre el fundamento más amplio imaginable puede crear un paulatino mejoramiento. Los políticos sociales y de la población deben colaborar de la manera más íntima con los médicos y los políticos económicos.

"La reconstrucción de la fuerza humana debe ser operada tanto económica como socialmente y abarcar totalmente el entero pueblo en todos sus estratos. Económicamente por el mejoramiento más grande posible de las condiciones de la alimentación y por la introducción de mejores condiciones de trabajo; socialmente por la vasta construcción de todas las instituciones sociales (hospitales, asistencia a los inválidos, asistencia a la vejez, prevención de los accidentes, higiene de la habitación, higiene del recién nacido y de la madre, etc.). La salubridad debe ser asunto de la sociedad, el médico debe ser libertado de los lazos de la vida comercial. Condición previa para la solución real de este problema es que los trabajadores mejoren su condición económica y cultural."

Esas investigaciones nos dan un buen material a los que defendemos la regulación consciente de la natalidad. Nos proporcionan una comprensión del esfuerzo del gobierno alemán antes de la guerra para elevar todo lo posible el número de los nacimientos en las familias proletarias. Los hijos de los proletarios son bien venidos para las clases dominantes como carne de cañón y para los explotadores como coolies chinos.

En qué medida seguirá el capitalismo los consejos de esas sociedades de estudios para crear mediante las reformas culturales y económicas las condiciones previas que nivelen pronto la devastación de vidas humanas, nos ofrece un testimonio elocuente la abolición de la jornada de ocho horas y la reducción sistemática del salario por el gobierno y el capitalismo. Pero salario de cooli y larga jornada de trabajo significan al mismo tiempo retroceso de la población en los problemas culturales. En tal época es doblemente necesario aumentar la propaganda en pro de las prevenciones de la maternidad de las familias proletarias.

MAX WINCLER